

## **MAGIA**

### nombre del truco:

### PRINCIPIO DE KRUSKAL

#### PREPARACIÓN

Preparar 10 textos distintos. (Ver anexo)  
Imprimir textos con letra grande, interlineado mayor, apaisado y plastificar.  
Preparar una tabla con la relación de textos y palabras clave.  
Preparar 9 cartas numeradas del 1 al 9 que el espectador elige al azar para comenzar la primera palabra.  
Dispondremos de dos rotuladores "borrables" de pizarra, rojo y azul.  
Cada alumno se prepara dos textos y memoriza las palabras clave asociadas.  
Imprimir las palabras clave, en A4 (letras grandes) y plastificar.  
Esconder para mostrar la coincidencia  
Proceso  
Elegimos un texto y lo colocamos en un panel.  
Un espectador firma un papel por un lado y por el otro escribimos la palabra clave, que guardamos en un sobre y colocamos con chincheta en el panel.

El espectador elige al azar una carta, y según el número, comienza a contar desde el principio del texto deteniéndose en la palabra que ocupa el lugar del número escrito en la carta. Subraya dicha palabra en azul.

Cuenta las letras que tiene y continua contando tantas palabras como el último número obtenido.

Nuevamente se detiene en otra palabra que también deberá subrayar en azul; cuenta las letras que tiene y vuelve a contar palabras.

Siguiendo este proceso llegará un momento que no pueda contar más pues habremos llegado al final del texto.

La última palabra subrayada la rodeará con un círculo ROJO.

Llegados a este punto es conveniente recordar al espectador que:

- El azar y él han elegido la carta inicial. Cualquier otro número distinto habría obligado a empezar por otra palabra.
  - A partir de aquí en un texto con aproximadamente 100 palabras podría haber acabado en cualquiera.
  - Sería mucha casualidad que la palabra escrita en el sobre coincidiera con la señalada en el panel.
- Basta con abrir el sobre y comprobar que coinciden.

## ANEXO

nº	autor	título	largo	clave
1	Miguel de Cervantes	El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha	135	<i>rocín</i>
2	Gabriel García Márquez	El amor en los tiempos del cólera	92	<i>con</i>
3	Javier Marías	Mañana en la batalla piensa en mí	100	<i>posible</i>
4	Carlos Ruiz Zafón	La sombra del viento	83	<i>aprendido</i>
5	Mariano José de Larra	El doncel de Don Enrique el Doliente	112	<i>descuido</i>
6	Miguel de Unamuno	Niebla	109	<i>gobierno</i>
7	Benito Pérez Galdós	Bailén	99	<i>terribles</i>
8	Mario Vargas Llosa	Historia de Mayta	103	<i>distancia</i>
9	Amin Maalouf	Samarcanda	83	<i>turbante</i>
10	Miguel Delibes	La sombra del ciprés es alargada	100	<i>regocijo</i>

*EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA (MIGUEL DE CERVANTES)*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera.

Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados. El doctor Juvenal Urbino lo percibió desde que entró en la casa todavía en penumbras, adonde había acudido de urgencia a ocuparse de un caso que para él había dejado de ser urgente desde hacía muchos años. El refugiado antillano Jeremiah de Saint Amour, inválido de guerra, fotógrafo de niños y su adversario de ajedrez más compasivo, se había puesto a salvo de los tormentos de la memoria con un sahumero de cianuro con oro.

**Nadie piensa nunca que pueda ir a encontrarse con una muerta entre los brazos y que ya no verá más su rostro cuyo nombre recuerda. Nadie piensa nunca que nadie vaya a morir en el momento más inadecuado a pesar de que eso sucede todo el tiempo, y creemos que nadie que no esté previsto habrá de morir junto a nosotros. Muchas veces se ocultan los hechos o las circunstancias: a los vivos y al que se muere, si tiene tiempo de darse cuenta, les avergüenza a menudo la forma de la muerte posible y sus apariencias, también la causa.**

Poco después de la guerra civil, un brote de cólera se había llevado a mi madre. La enterramos en Montjuïc el día de mi cuarto cumpleaños. Sólo recuerdo que llovió todo el día y toda la noche, y que cuando le pregunté a mi padre si el cielo lloraba le faltó la voz para responderme. Seis años después, la ausencia de mi madre era para mí todavía un espejismo, un silencio a gritos que aún no había aprendido a acallar con palabras.

Miraba atento Ferrus a la parte de donde provenía el rumor, a tiempo que el paje, de suyo poco inclinado a esperar aventuras de ninguna especie y menos de aquella a que él se figuraba pertenecer la que se presentaba, se había puesto ya en salvamento en la antecámara, donde le parecía que no estaba tan al alcance de los perniciosos efectos de las maléficas redomas que tanto temor le infundían. Santiguábase allí a su placer y dábbase prisa a besar una santa reliquia que en el pecho para tales ocasiones llevaba, con más fervor que besaría un enamorado la blanca mano de su Filis dejada al descuido entre las suyas.

Yo no puedo vivir ya mucho, hijo mío; tu padre me está llamando. Acaso le hago a él más falta que a ti. Así que yo me vaya de este mundo y te quedes solo en él tú cástate, cástate cuanto antes. Trae a esta casa dueña y señora. Y no es que yo no tenga confianza en nuestros antiguos y fieles servidores, no. Pero trae ama a la casa. Y que sea ama de casa, hijo mío, que sea ama. Hazla dueña de tu corazón, de tu bolsa, de tu despensa, de tu cocina y de tus resoluciones. Busca una mujer de gobierno, que sepa querer y gobernarte.



Los tres me miraron y yo observé claramente cuanto me rodeaba, pudiendo apreciarlo todo sin mezcla de vagas imágenes, ni mentirosas visiones. Hallábame en una cama, de cuyo durísimo colchón daban fe las mortificaciones de mis huesos y la instintiva tendencia de mi cuerpo a arrojarse fuera de ella, mientras uno de mis brazos, fuertemente vendado se negaba a prestarme apoyo, tan inmóvil y rígido como si no me perteneciera. Asimismo rodeaba mi cabeza complicado turbante de trapos que olían a ungüentos y vinagre, y mi débil y extenuado cuerpo sentía por aquí y por allí terribles picazones.

Correr en las mañanas por el Malecón de Barranco, cuando la humedad de la noche todavía impregna el aire y tiene a las veredas resbaladizas y brillosas, es una buena manera de comenzar el día. El cielo está gris, aun en el verano, pues el sol jamás aparece sobre el barrio antes de las diez, y la neblina imprecisa la frontera de las cosas, el perfil de las gaviotas, el alcatraz que cruza volando la quebradiza línea del acantilado. El mar se ve plumizo, verde oscuro, humeante, encabritado, con manchas de espuma y olas que avanzan guardando la misma distancia hacia la playa.

Esa noche, Omar intenta inútilmente conciliar el sueño en un mirador o pabellón de madera que se encuentra sobre una pelada colina en medio del gran jardín de Abu Taher. Cerca de él, en una mesa baja, cálamo y tintero, una lámpara apagada y su libro, abierto por la primera página, que sigue en blanco. Al amanecer, una visión: una bella esclava le trae una bandeja con rajadas de melón, un traje nuevo y una banda de turbante de seda de Zandán.

Se iniciaba ya el otoño. Los árboles de la ciudad comenzaban a acusar la ofensiva de la estación. Por las calles había hojas amarillas que el viento, a ratos, levantaba del suelo haciéndolas girar en confusos remolinos. Hicimos el camino en la última carretela descubierta que quedaba en la ciudad. Tengo impresos en m cerebro los menores detalles de aquella mi primera experiencia viajera. Los cascos caballos martilleaban las piedras de la calzada rítmicamente, en tanto las ruedas, rígidas y sin ballestas, hacían saltar y crujir el coche con gran desesperación de mi tío y extraordinario regocijo por mi parte.

**rocín**

**con**

**possible**

**aprendido**



**descuido**

**gobierno**

**terribles**

**distancia**

**turbante**

**regocijo**